

Publicado en www.relats.org
TESTIMONIO DE UN DIRIGENTE DE LA MATANZA
EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA
CARMELO AFFATATO
Selección de "Dos décadas y una yapa", 1997

Dos décadas y una yapa

1973 - 1976

"Hacer, haciendo, hacerse"
LEQUIER

Regreso de Perón a Ezeiza.

Ezeiza, 20 -11-73

La noche anterior, como militante solitario acompañado por mi esposa, el cura párroco y distintos amigos, componentes de los movimientos de la Iglesia, en este caso de la Parroquia de Fátima de Lomas del Mirador...

En la víspera de la llegada de Perón a Ezeiza fuimos, como tantos curiosos, y observamos que, ya avanzada la noche la gente seguía llegando a Ezeiza, caminando desde el Puente 12 hacia el palco preparado en la intersección de Ricchieri y Puente de la 205 (antes de llegar al Aeropuerto de Ezeiza). Juntos recorrimos los bosques de la zona, tomamos algún mate que nos ofrecieron unos santiagueños y escuchamos guitarreadas de distintas regiones de nuestro país, mientras el cura hablaba con ellos y las mujeres planeaban cómo volver al día siguiente: **el gran día**. Pudimos ver cómo la gente del interior se había instalado para esperar ese anhelado retorno de Perón: ¡La gente lucía eufórica!

Personalmente no estaba tan convencido de regresar al día siguiente y participar porque no teníamos ningún tipo de organización, por lo menos yo no estaba enrolado en ninguna organización en que pudiera ir en columnado. Ya entrada la noche regresamos cada uno a nuestros hogares.

En la cama sentía un cosquilleo interior: realmente no quería perderme ese acto histórico, quería ser partícipe de la fiesta po-

1973 - 1976

“Hacer, haciendo, hacerse”
LEQUIER

Regreso de Perón a Ezeiza.

Ezeiza, 20 -11-73

La noche anterior, como militante solitario acompañado por mi esposa, el cura párroco y distintos amigos, componentes de los movimientos de la Iglesia, en este caso de la Parroquia de Fátima de Lomas del Mirador...

En la víspera de la llegada de Perón a Ezeiza fuimos, como tantos curiosos, y observamos que, ya avanzada la noche la gente seguía llegando a Ezeiza, caminando desde el Puente 12 hacia el palco preparado en la intersección de Ricchieri y Puente de la 205 (antes de llegar al Aeropuerto de Ezeiza). Juntos recorrimos los bosques de la zona, tomamos algún mate que nos ofrecieron unos santiagueños y escuchamos guitarreadas de distintas regiones de nuestro país, mientras el cura hablaba con ellos y las mujeres planeaban cómo volver al día siguiente: **el gran día**. Pudimos ver cómo la gente del interior se había instalado para esperar ese anhelado retorno de Perón: ¡La gente lucía eufórica!

Personalmente no estaba tan convencido de regresar al día siguiente y participar porque no teníamos ningún tipo de organización, por lo menos yo no estaba enrolado en ninguna organización en que pudiera ir encolumnado. Ya entrada la noche regresamos cada uno a nuestros hogares.

En la cama sentía un cosquilleo interior: realmente no quería perderme ese acto histórico, quería ser partícipe de la fiesta po-

pular tan ansiada, tan esperada: la fiesta del regreso del hombre que había luchado por la justicia social, que en las décadas del 40 y 50 había plasmado los objetivos de esa justicia social, época que se caracterizó por realmente “tener trabajo y acceso a una vivienda digna” y particularmente por la organización de los trabajadores para la defensa de sus derechos.

En fin, ese día resolví, solitariamente, levantarme y asistir. Empecé el viaje a Ezeiza, llegué en colectivo hasta el lugar desde donde tuve que comenzar a caminar entre el mar de la multitud: un oleaje con niños, mujeres, ancianos, caminando por todo lo ancho de la avenida Ricchieri, dirigiéndonos al palco central. Cantos de alegría, cantos de euforia, sonrisas. Banderas en manos de niños y de grandes. Era un mar de gente que ya pasaba el millón de personas a lo largo y a lo ancho de toda la avenida y los campos que rodeaban el palco.

La seguridad estaba a cargo de la Juventud Sindical, que entonces se comenzaba a formar. Eran cordones humanos que no permitían el copamiento de los distintos sectores geográficos alrededor del palco.

Como yo no estaba en ninguna columna organizada, me metí por todos lados y pude advertir las consignas y los cánticos de los distintos grupos: en un sector **“por la patria socialista”** y en otro **“por la patria peronista”**. El clima empezaba a enrarecerse por la pugna de los gritos y los cánticos, comenzando los forcejeos entre los que clamaban por uno u otro: los montoneros y la juventud sindical. La juventud sindical no era si no otro de los brazos armados del peronismo que se disfrazaba y más que al sindicalismo y al proyecto del peronismo, respondían en forma directa a la burocracia sindical enquistada en las organizaciones de los trabajadores, antes de Perón, con Perón y durante toda la ausencia de Perón: enquistamiento en las organizaciones que les permitió adueñarse y estar a favor de cada gobierno de turno...

Mientras ese tipo de disputa se entablaba, se prolongaba la tardanza de la llegada de Perón al palco y, en una de esas, vi una columna que llegaba desde el sur del Gran Buenos Aires gritando las mismas consignas que gritaban los grupos alrededor del palco (recuerdo que estaba animado por Leonardo Favio, quien iba anunciando la proximidad de la llegada del General Perón al palco)... Iba avanzando esa columna que venía del sur y en la intersección empezaron los primeros tiros. Comenzó el caos. Nadie sabía quién tiraba contra quién puesto que venían balas de todos lados (por lo cual no era solamente la columna que venía del sur). Ese hecho ¡vaya a saber qué mano negra lo habría preparado!: había francotiradores apostados en los árboles, alrededor del palco. Lo único que atinamos aquellos que, como yo, habíamos llegado por nuestros propios medios, para convivir la festividad que el pueblo argentino quería hacer para esa fecha, fue empezar a correr por donde había lugar para correr. Yo, entre la balacera, me tuve que tirar cuerpo a tierra en las piletas olímpicas durante un tiempo bastante largo.

Mucha tristeza invadía a todos los que participábamos de ese día y de esa gran movilización, como nunca vista en nuestro país. Mucha tristeza y muchas lágrimas he visto en los rostros de las mujeres y de los hombres que no nos imaginábamos que forajidos de esa naturaleza pudieran convivir dentro del movimiento nacional y popular.

Indudablemente estaban quienes respondían a algunos personeros de entonces y no me cabe ninguna duda que el personaje de López Rega tendría mucho que ver en ese hecho.

En medio del caos, con las ambulancias que corrían para un lado y para otro, no podíamos creer que había heridos y que se hablaba hasta de muertos. Con respecto a los muertos nunca se supo si hubo, cuántos hubo ni nada por el estilo.

Allí no llegó Perón. Se disolvió la gente en forma simple,

triste. Al terminar los ruidos de las armas, cada uno fue emprendiendo el retorno en forma de una frustración puesto que desde el palco, anunciaban que Perón no iba a llegar al palco, informaban que iba a hablar por televisión a la noche.

Regresamos muy tristes y ese día a la noche pudimos ver a un Perón distendido, a un Perón que muy poca alusión hizo a los hechos acontecidos en Ezeiza en el discurso que emitió por televisión. Algo me llamó la atención con respecto al discurso: continuamente, en varios pasajes del mismo, el llamamiento a la unidad de todo nuestro pueblo, advirtiendo que se tenían que terminar las antinomias entre radicales y peronistas, peronistas y antiperonistas, afirmando que la Patria, ya muy cerca del fin de siglo, necesitaba al pueblo argentino unido. Nuevamente volvió a repetir su famosa frase: **Que el año 2000 nos encuentre unidos o dominados.**

Así terminó este episodio, esa jornada triste y recordada en la historia como la de mayor frustración popular. Hasta el día de la fecha nadie pudo encontrar a los culpables y nadie pudo saber a ciencia cierta si hubo o no muertos.

...Posteriormente a estos hechos, en otras latitudes pude encontrarme con un testigo, compañero en el exilio, un médico que estaba de guardia en el hospital de Ezeiza. Él me relató lo que sucedió en Ezeiza, lo que vivió en la guardia del hospital de Ezeiza en ese día. Según ese testimonio hubo centenares de heridos de bala, hasta decenas de muertos en ese hecho de Ezeiza. Públicamente siempre fue tapado.

Hasta aquí es lo que yo puedo contar humildemente de ese hecho trascendente e importante, porque ninguna otra personalidad del mundo hubo nunca convocado naturalmente a más de un millón de personas.

Día que se enluteció por esos que decidieron tirar balas a mansalva entre la gente.

Llega Perón... 1973

Ya estoy militando en la DC en el área del trabajo, organizando a los compañeros que siguen al "cura" y a los "monaguillos", dos ahijados de Cursillo escogidos de los compañeros de fábrica. Me ha signado el haber realizado el cursillo de cristiandad: por la acción que empecé a desplegar en la fábrica, accediendo a ser delegado de sección y a Mirta, mi esposa, por la aceptación de un rol que aún no pensaba cuando decidió iniciar la licenciatura en psicología.

Karina, nuestra única hija, tiene 4 años y no entiende lo que sucede en su casa: papá trabaja en horarios extra, militando en la fábrica o en el partido; mamá, a la que tiene en las cortas mañanas de desayuno en la cama y juegos infantiles, de televisión educativa (Plaza Sésamo) y durante el almuerzo compartido con los abuelos Tita y César y la Vice (bisabuela Susana), entra al Colegio mientras ella convence a Abuelo (con mayúscula) que sería mejor dormir la siesta con él antes que concurrir al jardín de infantes de la misma institución en que trabaja mamá "pero ella no se entera que yo falto". Cuando mamá concluye sus actividades (no siempre en hora determinada por la culminación del día de clases), papá regresa, con su clásica ropa de trabajo y "me lleva a la casa de la tía o de los abuelos tanos" y allí hay suculentas comidas. Recuerdo el "no te olvides de llevarle a mamá, cuando vuelve de la "facu" tiene hambre y yo estoy dormida".

La pequeña casa en que habitamos no tiene cocina, la kichinet está disimulada por una puerta corrediza y la heladera tapada estéticamente por una biblioteca, porque ese ambiente es living-comedor y sala de estudios a la vez. La cocina y la preocupación

por la comida nunca fue nuestro "fuerte", en cambio, ha sido nuestra preocupación tener dos habitaciones y en la de Karina, decorada con elementos artesanales infantiles, nunca han faltado juguetes y libros de cuentos que, según quién estuviera en la noche, leíamos porque Karina no nos dejaba inventar y sabía de memoria la larga colección que abuelo y mamá incrementaban.

En ninguna de nuestras casas faltó nunca el crucifijo, el póster de "Buscado, Jesucristo" o tarjetas con frases expuestas en un enorme armado con arpillera que exhibía, desde tarjetas, a la brújula del abuelo, desde monedas antiguas hasta el dedal italiano con flores secas italianas.

El pequeño patio, la escalera que me permitió que pudiera escapar en la madrugada del 24 del marzo, y adelante, una entrada de auto donde guardábamos a la intemperie el primer auto, un "fitito coupé" que le regalaran mis suegros a Mirta al recibirse de profesora.

¡Todas las mañanas, escuchaba los tres timbrazos de don Oscar, un compañero de trabajo que me llamaba y oficiaba de guardaespaldas! ¡Cuántas mañanas, después de una o dos horas de los timbrazos me acostaba, duro y frío, porque había estado escondido abajo del fitito!

Mis suegros eran peronistas, mamá Tita, como llamaba a mi suegra, me contaba que Mirta estaba en su panza el 17 de octubre, movilizándose por los túneles del subte; vivieron la muerte de Evita como la del familiar más cercano; con protestas en voz baja del abuelo Juan, socialista (a quien yo no conocí), cada vez que aparecía en la tele la figura de Perón. Dentro de esta novela familiar, la figura de Evita se revitalizó cuando apareció la "otra", la sustituta que nunca tendría que haber buscado "el viejo"... al decir de los peronistas. Perón nunca se equivoca... ¿Cuántas veces se confundió en decisiones personales, afectivas? ¡Cuántas veces sus equivocaciones incidieron

sobre un pueblo!

El día de la llegada de Perón, mis suegros aprobaron mi decisión a participar, pero se inquietaron cuando empezaron a escuchar las noticias. Mirta estudiaba para un parcial... me contó que al pasar las horas crecía su preocupación. No sabía qué contestarle a Karina. No sabía que papá no volvía porque estaba tirado cuerpo a tierra en la pileta olímpica mientras ráfagas de proyectiles volaban sobre la cabeza con incipiente pelada.

Corría el año 1974 y las bases de trabajadores democráticamente por asamblea de fábrica comenzaron a decidir el destino que les tocaría vivir en los próximos años.

Se fue gestando un perfil del delegado combativo, una teoría del sindicalismo combativo encarnado en aquella época en los dirigentes Raimundo Ongaro, Tosco y otros que no me vienen a la memoria...

A principios de 1974 fui elegido delegado de sección de la empresa "Martín Amato", más conocida por los productos **Indiel**. Allí comenzó mi quehacer sindical, basamentado en una teoría de cambio de metodología de la acción sindical.

Indiel era una empresa de aproximadamente 1500 trabajadores incluyendo a obreros y empleados; mi sección contaba con 30 trabajadores y el cuerpo de delegados estaba integrado por 20 compañeros. Integré ese cuerpo sindical; entremezclado de compañeros combativos y otros de la denominada burocracia sindical de entonces, comprometida con el gobierno del Gral. Perón en el poder.

Comenzaron las primeras acciones.

Fuimos partícipes, mirando por televisión, del famoso Pacto Social ¡Cómo se pactaba de espaldas a los trabajadores!. **El Pacto Social** fue firmado por la CGT, la organización empresarial y el gobierno; prácticamente prohibía todo tipo de aumento salariales.

¡Allí comenzó la odisea! El tiempo pasaba. La inflación iba carcomiendo los salarios de los trabajadores. En forma interna comenzamos a realizar un tipo de lucha a la que no llamábamos de "aumentos salariales" sino "control de la producción".

Mejor dicho, con la denominación de "control de la produc-

ción” nosotros estábamos implementando un tipo de medida de lucha, acción directa, de mermar la cantidad de productos que fabricábamos a fin de que la empresa se aviniera y tratara internamente con los delegados la posibilidad de ir incrementando nuestros salarios. El Pacto Social le vino como anillo al dedo a los empresarios, quienes, por supuesto, nos negaban todo tipo de aumento salarial. Acompañamos ese tipo de acciones planteando la **necesidad de mejores condiciones de trabajo**: en las secciones insalubres pedíamos el cumplimiento del régimen de salubridad: otorgamiento de leche, horarios especiales, vestimentas especiales, seguridad en aquellas operaciones peligrosas para los trabajadores. Un caso concreto: el resguardo y seguridad en los balancines.

En fin, veníamos practicando el control sindical en la fuente de trabajo y planteando el sentir de cada uno de los compañeros en cada uno de los puestos de trabajo. Comenzamos a cuestionar la metodología de producción: de los premios a la producción que implicaban mayor atención de los compañeros, quienes, con el afán de hacer una pieza más ponían en riesgo sus manos, estando predispuestos a cualquier tipo de accidentes de trabajo. El cuestionamiento a la producción albergaba y encubría, realmente, la pretensión de recibir un aumento de salario.

Como **delegado**, me dediqué a lo largo de ese año a recorrer cada uno de los puestos de trabajo y me fui empapando de su problemática específica.

Como lo planteaba antes, participábamos en este tipo de reclamos con un **cuerpo de delegados** mezclado: los combativos identificados con el sindicalismo combativo, y la burocracia sindical. En ese entonces en La Matanza estos últimos respondían al secretario general, Abdala Baluch.

En el 74 se realizaron elecciones en el sindicato y pretendimos conformar una lista que se llamó la “Azul-naranja” para hacer

frente a la burocracia sindical. Para no llevarlo a la larga, esta anécdota culminó así: no nos aceptaron la presentación de la lista, pero, en el interín de querer presentarla, fuimos objeto de amenazas y balaceras en los alrededores del sindicato (Avda. de Mayo y Rincón de San Justo).

Realizamos muchas **movilizaciones**.

A raíz de este accionar, encabezado por mí y seguido por la gran mayoría de los 1500 trabajadores de Martín Amato, fui objeto del allanamiento de mi casa, de amedrantamiento personal y también familiar.

¿Quiénes eran los personeros? La burocracia sindical, y todo el matonaje que rodeaba a ésta. ¿Mandados por quién? ...

Nuestra metodología de accionar sindical se basaba en la **democracia abierta**: en el lapso del horario del refrigerio (10 hs - 10.20 hs) en forma relámpago improvisábamos **asambleas generales** en las que los compañeros participaban muy activamente. Se exponían cada una de las problemáticas de las secciones, de los puestos de trabajo, de la producción, de la posibilidad de conseguir aumento salarial por el que tanto clamaba la gente en ese momento.

Éramos los que nos oponíamos al Pacto Social, por eso nos reprimía la patronal y nos reprimía el sindicato. Nos reprimía el sindicato desde el punto de vista gremial y político. Nuestro accionar pasaba a los estamentos de la política y del gobierno y empezaron a implementar **despidos**.

Fui despedido en el año 1974. Se entabló una lucha por mi reincorporación; lucha que se agravó y culminó con la reincorporación, que no aceptaba si no se pagaban los salarios caídos.

Fue reivindicación única en ese entonces en la Pcia. de Buenos Aires y creo que en todo el país. Después de casi 40 días de huelga, de idas y venidas, de movilizaciones de los compañeros a la delegación del Ministerio de Trabajo en San Justo y a la Direc-

ción General de Trabajo en el Ministerio de la Nación en el centro.

Fui reincorporado, condicionado: "no me tenía que mover de mi sección de trabajo". Esta situación generó malestar en los compañeros y se tornó en una situación medio curiosa porque en lugar de caminar yo toda la fábrica, mis compañeros caminaban hasta mi lugar de trabajo para consultarme sobre las distintas problemáticas de la empresa.

A todo esto la pugna interna dentro del cuerpo de delegados continuaba: estaban aquellos personeros que representaban en forma directa a Baluch. Se generaban situaciones de tironeo en las asambleas, en que éstos no podían dar respuesta a las acusaciones. Crecían las calumnias unidas a las intimidaciones...

La prevista elección de delegados se realizó a pesar de todo. Pudimos elegir a los 20 delegados: 17 o 18 combativos y se nos "colaron" 2 o 3 delegados tapados de la burocracia. El cuerpo de delegados estructuró una **comisión interna** compuesta por 5 de los 20. Si bien yo integraba la misma, quiero destacar la labor del **cro. Emilio Tomasín**, desaparecido en los umbrales de la dictadura del Proceso.

Iniciamos una metodología de participación democrática: participábamos, exigíamos a Baluch la realización de congresos de delegados, nos autoconvocábamos en el sindicato, nos movilizábamos con los compañeros, a tal punto que de alguna manera nos tenían que atender y llevar adelante nuestros petitorios, aunque, por supuesto, con una metodología distinta y, en lo posible, tratando de que nosotros no participáramos tanto.

Por fin pudimos romper el Pacto Social y logramos un aumento salarial firmando un acta interna con la empresa. Esto se hizo público nacionalmente y por supuesto todos nos miraban: la burocracia sindical nos señaló como los "bichos colorados de Indiel". Allí estaba la cuestión: los compañeros del cuerpo de

delegados, en su mayoría venían de las filas del peronismo combativo, no de la burocracia sindical ni de las 62 Organizaciones. Eran compañeros honestos, se caracterizaban por ser de su casa, de familia, esencialmente trabajadores y no activistas sindicales, en sí era representación genuina de los trabajadores de esta empresa.

“Sí a la vida a pesar de todo”
VÍCTOR FRANKL

Incremento de temores. El clima social de gran tensión: huelgas, paros generales, accionar de grupos. Violencia oculta en todos lados. Un clima de anuncio de una gran tormenta que no se desencadenaba del todo. Ese era el clima exterior pero el nuestro trajo un proyecto de vida en ese embarazo tan deseado, tan buscado a solicitud de Karina, tan ansiado por nosotros: comenzaría el 75 con nueva vida, ilusiones que todos depositamos en la espera de un bebé. Mientras nuestras expectativas familiares se concentraban en él, la tensión exterior nos arrastraba a continuar: la lucha, el estudio de Mirta, el trabajo de ambos, la vida comunitaria.

En esos encuentros de hermanos seguíamos cargando pilas y teniendo energía para despertar con optimismo y trasladar una palabra a los que nos rodeaban y protegían. Una comunidad orante acompañando el accionar, puertas de hogares que se abrían y me cobijaban, extensas comunicaciones telefónicas cuando esto acontecía. Nunca sabíamos dónde íbamos a pernoctar ni a alimentarnos, eran escasos los momentos para compartir la dicha de la paternidad.

1975 es el año en que Karina sufre “accidentes”: se cae de un banco en el jardín de infantes, se cae de un banquito en casa de unos amigos, la muerde un perro ovejero alemán en casa de otros amigos.

A principios de diciembre de 1974, Dios nos da una señal que cambió el rumbo de nuestras vidas. Nos enseñó que con nuestras planificaciones humanas, nosotros no cejábamos en desafiar con nuestras conductas el proyecto de vida que él nos había conce-

dido. Durante el embarazo, Mirta nunca dejó de fumar, tuvo dos serias caídas unidas a una gran tensión interna por este correr en la vida sin pensar en nosotros ni en ese “otro” nuestro que latía fuertemente, que quería rebelarse ante nuestras agresiones hasta que el mediodía del 2 de diciembre quiso salir a la vida prematuramente, cuando aún las condiciones no estaban dadas. ¿Una falla médica? ¿Una espera que no correspondía a sus deseos de salir a la luz? Y esa espera de escasas horas, un acordonamiento que nos estranguló por dentro de dolor. El pedido de Mirta de dormir para no tener que enfrentar que no le pudo dar su aliento. Yo persignándome y rezando junto al saber íntimo de la asfixia de nuestro Emmanuel.

PRISIÓN

El Señor es mi luz y mi salud.
¿A quién puedo temer?
Salmo 27

El correr del tiempo y el enrarecimiento político influyó para que se fuera gestando alrededor de la comisión interna y del cuerpo de delegados de Martín Amato un sindicalismo combativo. Nos invitaban a todas las asambleas habidas y por haber, a participar en todos los conflictos de la zona y de otras zonas también. Corría el tiempo en que en Villa Constitución había ganado las elecciones una directiva combativa encabezada por el compañero **Alberto Piccinini**. En el quehacer de la conducción de esa seccional de la UOM sucedió algo muy grave que fue el allanamiento de la seccional sindical con el beneplácito de la dirección general del gremio metalúrgico encabezada ya desde ese entonces por Lorenzo Miguel. Las comisiones internas y los cuerpos de delegados agrupados en lo que era la coordinadora sindical habíamos convocado a un acto de repudio por esos hechos y de manifestación de solidaridad con los compañeros de Villa Constitución el día 4-4-1975.

Se convocó ese acto en la plaza de San Justo. Yo salí de fábrica encabezando la movilización. Llegamos a los alrededores de la plaza de San Justo y ya en la calle Arieta y Mendoza nos interceptaron y empezaron a reprimir a todos los compañeros.

Cada uno corrió para donde pudo. Nos seguían con helicópteros. Me caí. Caí atropellado por un caballo de la policía montada en la Avenida Kennedy y Yapeyú. Allí fui hecho preso, junto con doce compañeros más. Fui incomunicado desde el

primer momento, no podía hablar con los demás compañeros. Tenía algo lastimada la pera, la cara. Nos condujeron a la comisaría de San Justo.

En forma inmediata se realizó una asamblea general en la empresa Martín Amato y en forma unánime se decidió realizar un paro general de actividades en la misma hasta tanto lográramos la libertad todos los compañeros que fuimos detenidos. Todos los compañeros fueron liberados a los pocos días, excepto yo. El día que llegué a la comisaría de San Justo, me llevaron a la oficina del comisario general, fui desnudado e hicieron que sacara todos los elementos que tenía en los bolsillos. Comencé a sacar papeles del bolsillo: ¡Había propaganda proselitista del ERP! Por supuesto, no era mía dicha propaganda sino que me la pusieron cuando fui desvanecido, golpeado y maltratado. Bueno, se labró un acta en la cual me hicieron declarar que esa propaganda me pertenecía y luego me enteré que me habían aplicado la ley 20840, de subversión, tomando causa el juzgado de San Martín. El juez federal Luque se hizo cargo de mi causa. En forma paralela a este proceso la empresa seguía parada. Se constituyó un comité de lucha en solidaridad para conmigo y se comenzó a hacer un proselitismo de divulgación de este hecho y, por ende, la divulgación de mi inocencia. En forma permanente había una guardia en la plaza de San Justo y cada media hora los compañeros pasaban para visitarme y entregarme infinidad de cosas que supuestamente necesitaba.

Se había hecho cargo la doctora Justa, para asumir mi defensa. Un hecho anecdótico: antes de que sucedieran todas estas cosas muchos eran los abogados de las distintas tendencias políticas que ofrecían su solidaridad. Cuando los hechos se produjeron ¡fue lamentable!, no había ningún abogado que quisiera asumir la defensa. Ella la asumió desde un compromiso cristiano y de su conocimiento de mi persona. Defensa que luego se poli-

tizó y llevó a intervenir al doctor José Antonio Allende, presidente provisional del Senado de la Nación; el diputado nacional en ese entonces; don Carlos Auyero, el diputado provincial Alberto Aramouni, quienes realmente desplegaron un accionar político de manifestar en todos los estamentos de la política mi inocencia.

A tal punto que se hicieron eco en ese momento varios legisladores que me vinieron a visitar en la comisaría de San Justo estando preso. Recuerdo en un acto de mucha humildad al diputado Juan C. Pugliese del radicalismo y una solidaridad expresada por todos los compañeros de fábrica y sus familiares. ¡Era una locura ver cómo se expresaba la solidaridad a través de este hecho, cómo la gente respondió y el paro siguió firme hasta mi salida en libertad!.

La salida en libertad se dio debido a las presiones políticas y en el convencimiento del juez, quien me manifestó que “estaba convencido que yo era un idealista y que estaba siendo usado por fuerzas y tendencias políticas”. A esto le contesté que “más allá del uso que hacían dichas fuerzas, estaba por encima de todo la defensa incondicional de mis compañeros”.

Luego de permanecer 20 días preso en San Justo, el juez me otorga la libertad por falta de mérito.

Del juzgado vuelvo a la comisaría y de la comisaría vuelvo en caravana a la fábrica. ¡Era impresionante la cantidad de gente que esperaba en el puerta de fábrica!. Se improvisó una asamblea general en la cual muy emocionado expresé mi agradecimiento a todos los compañeros y compañeras, a sus familiares y la expresión de solidaridad de los compañeros de los cuerpos de delegados de todas las fábricas metalúrgicas y de las distintas fábricas no metalúrgicas que se encontraban presentes.

El 4 de abril del 75. Con los compañeros de fábrica habíamos programado un acto en que sería el principal orador. Al ir a saludar a Mirta en el colegio, me cuenta que el Padre Jesús después del mediodía había llegado preocupado, con una noticia de revuelo en San Justo... “Que Cachito no vaya a ese acto...” le dijo. Y me insiste: “Convencé a tus compañeros. Hoy no es el día para la realización de un acto de protesta”. —No puedo. Ya todo está organizado. Parto custodiado por dos compañeros fieles que tenían orden de no “dejarme ni a sol ni a sombra”.

Después me cuenta que fue una tarde de mucha tensión, de incertidumbre dado que la radio no se encendía en horario escolar. El párroco, serio y preocupado, es quien recibe, al atardecer la comunicación de que fui “apresado”... que estoy bien... en la comisaría de San Justo. Se dirige rápidamente al lugar. Mientras Mirta piensa la mejor forma de comunicarles a mis suegros lo sucedido y solicitarles que cuiden de Karina, su amiga Soly llama a quien fuera mi abogada defensora. Y pasaron largas horas antes de recibir la invitación del sacerdote de acompañarlo. Él les cuenta: “Está incomunicado”. Los otros doce compañeros en un lugar aparte. Él está con los presos comunes. “Vamos a llevarle una colchoneta, creo que lo apalearon, debe estar dolorido.” Además, sacando de su biblioteca el libro de las encíclicas sociales y el Evangelio “Dios llega al hombre” le dice: “Quizás logre que lo veas, aunque él no pueda hablarte”.

Mirta me relata: “Sólo sé que te vi encuadrado en una pequeña ventanilla, queriendo sacar la cabeza para besarme. No podías besarme, tampoco podías hablarme aunque quisieras. Un enorme vendaje te cubría el maxilar. No estabas ensangrentado como yo te imaginaba... te habían atendido. Sólo

escuché: ¿Karina?"

¡Qué rápido pasaron los minutos concedidos! Nadie podrá quitarnos la libertad de hablar con la mirada en que nos dijimos: *Confíemos en Dios. Él nos guiará. Nadie podrá quitarnos la libertad de organizarnos de manera tal que los temores de desaparecer de ese calabozo se realizaran. Y esa fue mi compañía constante en esos días; la Palabra que leía a los presos comunes... el compartir con ellos la comida, los elementos de aseo, las golosinas, los cigarrillos que puntualmente, cada quince o veinte minutos entregaba un compañero, una compañera y esperaba hasta escuchar: "Affatato, te traen lo que pediste". Simplemente contestaba: "gracias" y se sabía que ¡estaba ahí!*

Cientos de compañeros desfilaron por esa comisaría. Todos me traían algo y me ingenié para comunicarme con Mirta y con Karina a través de esquelitas, de cartas que escondía entre los jabones, chocolates que le enviaba a Karina, mientras ella me enviaba sus preciosos dibujitos infantiles que me llenaban de gozo.

Una de esas cartas fue presentada como prueba de mi pensamiento, de mis ideales de justicia social. Asimismo, el juez recibió los testimonios de fe de nuestros queridos confesores—guías espirituales.

La tarde en que salí a declarar me siguió una caravana para que el coche policial no se equivocara la ruta hasta el juzgado... Fui "esposado". Oí el grito de mis compañeros: "¡NO A LAS ESPOSAS!, ¡NO A LAS MORDAZAS!".

¡Qué fiesta fue la asamblea de recibimiento!

Otra fiesta anterior había sido la misa de acción de gracias, cuando concluyó el plan de lucha con el otorgamiento de los 20 puntos que demandábamos.

¿Sobreseimiento provisorio? ¡Cuidado! Se incrementaron los

temores entre nuestros familiares y allegados.

Popular, conocido como líder de muchos trabajadores me convertí en una figura que amenazaba el sistema. Todos temíamos la posible represión. Nunca estaba solo. Cada día aparecían más custodios visibles a mi alrededor.

Y nuestro Custodio, el Espíritu Santo, dándome premoniciones y despertando dones para continuar comprometido. Debo reconocer que no siempre recibí el Consuelo. A pesar de la coincidencia teórica con mi accionar, muchos nos indicaban volver a nuestros ideales juveniles, que no pasaban de mera verbalización sin meternos en la praxis.

Aprendí que "**La vida es riesgo**". **Arriégate.**

Madre Teresa de Calcuta

En ARGENTINA viven cuatro clases de personas:

LOS ENTERRADOS
LOS DESTERRADOS
LOS ATERRADOS
LOS ENCERRADOS

GALEANO

Mi popularidad creció a raíz de esta situación, lo tomé con mucha calma y mucho miedo; al ser más conocido más riesgo corría mi vida. Corría el mes de mayo de 1975... y el hecho de ir a fábrica todos los días era un compromiso inquebrantable con los compañeros, pero era imposible poderse mantener dentro de las fronteras de la fábrica. Incansablemente era un desfiladero de cuerpos de delegados en las puertas de fábrica que se llegaban a hacer consultas de cómo hacer, o cómo emprender o unificar la acción metalúrgica y la acción de los trabajadores de La Matanza. Eso se debía a que las condiciones sindicales de ese momento estaban insertas dentro del contexto del Pacto Social, o sea dentro de lo que era la burocracia sindical, dejando de lado y sin conducción a los trabajadores. Era mucha la responsabilidad que caía no solamente sobre mis hombros, sino sobre todo el cuerpo de delegados de Martín Amato en ese momento centralizado en mí; y llevar adelante este tipo de responsabilidad...

En el invierno del 75 estalla la huelga de Santa Rosa, una empresa de Aceros S. R., hoy Acindar. El cuerpo de delegados de esa empresa estaba dividido entre la burocracia sindical y compañeros combativos. Entre esos compañeros combativos estaba el hoy secretario general de UOM, seccional Matanza, **Cro. Carlos Gdansky**. Nos autoconvocamos en el Sindicato todos los compañeros delegados combativos y Baluch no se hizo presente

para convalidar ese congreso de delegados que disponía por resolución unánime la paralización total de los metalúrgicos en La Matanza, reivindicando la reincorporación de los compañeros despedidos de Santa Rosa, hacia quienes realizamos un pedido solidario de comida, porque ya los compañeros llevaban treinta días de huelga y el gremio no se hacía responsable de dicha situación. Hasta tal punto que hubo que empezar a hacer marchas hasta el Ministerio de Trabajo, marchas al sindicato y en una de esas marchas, se llegó hasta la ocupación del Sindicato Metalúrgico de La Matanza. Ocupación espontánea, no fue una ocupación con rehenes ni nada por el estilo, consistió en hacer ver, simbólicamente, que se estaba en capacidad de conducir los destinos del sindicato y los destinos de los compañeros metalúrgicos de La Matanza. Eso significó que la conducción se pusiera el frente del conflicto, logrando la reincorporación de los compañeros metalúrgicos despedidos de Santa Rosa. Y, más aún, la solidaridad entre los delegados de fábrica fue consolidándose de una manera tal que había una especie de sincronización y de autoconvocatoria permanente más allá de la conducción de la seccional. Había mucha militancia; paralelamente a los cuerpos de delegados se habían constituido los comités de lucha, comités de apoyo a los cuerpos de delegados, apoyo que consistía en la divulgación de los conflictos y el cuidado de los compañeros delegados. Particularmente en esos días, estaba con mucho miedo y en forma permanente los compañeros me acompañaban, me venían a buscar a mi casa a la mañana y siempre estaba con algún compañero al lado hasta que no me retiraba a mi casa. En ningún momento hemos manejado armas. Personalmente siempre me opuse a esa metodología. Era simple compañía para poner en alerta por cualquier cosa que sucediera, nada más.

En cuanto a lo político, mi militancia se desarrollaba dentro de lo que era el Partido Popular Cristiano. Escasa militancia dentro

del partido porque el hecho de militar en lo sindical y de trabajar en la empresa me absorbía todo el día y no había tiempo para hacer militancia partidaria.

El hecho de haber caído preso, la popularidad ganada, el conflicto de Santa Rosa... Comenzó la lucha por el famoso "aumento de 500.000 pesos de ese entonces". Aumentos de salarios por 500.000 pesos. Corría el mes de octubre del 75, y en un congreso de delegados (congreso que se realizó en la Asociación Obrera Textil en Ramos Mejía) la posición del aumento (que atentaba contra el Pacto Social), era unánime. Estábamos ganando la votación. Fue preparado por los servicios de inteligencia: haciéndose pasar por grupos armados tomaron ese local sindical y en forma simultánea resultó un allanamiento por parte del ejército y la policía en forma conjunta. Nos sacaron a cada uno de nosotros manos arriba y cuerpo a tierra en la vereda, revisándonos a todos. Eran momentos calientes. Eran momentos calientes donde se apuntaba particularmente a todos aquellos compañeros dirigentes que tuvieran un compromiso social más allá de las banderías de los partidos políticos y de las tendencias políticas. Todo aquel señor o señora que tuviera algún tipo de compromiso social era puesto en la mirilla, perseguido, intimidado... Innumerables veces han intimidado telefónicamente a mis familiares.

Mi militancia social se realizaba también a nivel de la Parroquia "Nuestra Señora de Fátima" en la cual sí tenía una militancia muy activa del barrio, a tal punto que el mismo sacerdote fue amenazado de muerte si no acataba la directiva de dejar de seguir apoyándome.

...fueron confeccionando una lista negra, en la cual yo figuraba. En esa lista negra Carmelo Affatato era **"un dirigente sindical peligroso, sin filiación política"**. Mentira: porque la única vez que me afilié a un partido político, fue al Partido Popular

Cristiano, por lo cual yo tenía filiación política. Vaya a saber porqué los servicios tildaron que era un sindicalista peligroso...

El tiempo transcurría y las amenazas crecían. El clima político del país se enrarecía, se avecinaba fines de año de 1975... en los umbrales del 76 se presumía, todo anunciaba de que se veía en puerta un golpe militar. Nosotros como militantes sindicales lo veíamos, seguíamos peleando las reivindicaciones de los compañeros, reuniéndonos. Seguíamos insistiendo en la renovación sindical; pedíamos que la conducción sindical expresara más a la situación general de bajos salarios, malas condiciones de trabajo, etc.

...Si este tipo de relato lo comparáramos con la actualidad, **veinte años después...**

El allanamiento a la sede de la Asociación Obrera Textil en octubre del 75 (en la cual se estaba desarrollando el congreso de delegados de la UOM Matanza), constituyó el inicio de la persecución a mansalva de todos los cuadros intermedios del sindicalismo, en este caso de la UOM en La Matanza. Este allanamiento preparado en connivencia entre la burocracia sindical y los servicios de inteligencia y el gobierno nacional (a través de los servicios de inteligencia) presidido por Isabel Perón, constituía el inicio de un avasallamiento directo a la clase trabajadora desde sus propios cimientos, desde sus propias bases.

Nosotros lo percibimos, lo denunciábamos con los medios que teníamos a nuestro alcance. En ese entonces no existía la proliferación de los medios locales, de las FM, de los periódicos zonales. Algunos semanarios partidistas, más que partidistas, de tendencias, recogían los quehaceres de los comités de lucha, de las comisiones internas de fábrica, que realmente en ese momento teníamos un protagonismo mucho más importante que las conducciones de los gremios. Se vislumbraba un aire pesado, podrido, más que pesado. El miedo y las andanzas de la triple A esta-

ban a la orden del día.

En varias oportunidades aparecí en el listado de la AAA sentenciándome a muerte. Sabemos hoy, después de tanto tiempo, de dónde venían las AAA; pero ¿en los ambientes locales...?

Las reivindicaciones en fábrica: más allá de los convenios colectivos de trabajo, más allá de la conducción del gremio de La Matanza, la comisión interna y el cuerpo de delegados de Martín Amato avanzaba en las conquistas sociales dentro de la fábrica.

Habíamos logrado el comedor en fábrica, mejorar las condiciones de insalubridad en la sección de galvanoplastia, la participación de los delegados de sección en la medición de los tiempos de producción. Participábamos activamente en la seguridad e higiene de la empresa, todo lo que significaba la seguridad en los puestos de trabajo, menores riesgos, fundamentalmente en tareas peligrosas.

En fin, logramos la organización interna de fábrica como en ninguna otra empresa (yo diría, por lo menos que se conociera en ese momento). Este tipo de reivindicaciones, de conquistas, trascendían las fronteras de la empresa, y era por eso que las consultas que se hacían en puerta de fábrica por parte de otros cuerpos de delegados eran bastantes. Este tipo de situación, la burocracia sindical no lo soportaba más: se avanzaba en la participación de los compañeros y se avanzaba hacia la renovación en la conducción en el sindicato. En un año más se tendrían que realizar elecciones y por supuesto estábamos en condiciones de haber asumido la conducción gremial del sindicato de La Matanza.

El tiempo avanzaba, el panorama político se enrarecía a nivel del legislativo nacional, es decir, Congreso Nacional.

Veíamos expectantes. Éramos espectadores de una situación que se agravaba y se venía... y la impotencia era total. Los gremios, desde las conducciones no hacían nada, el legislativo no

hacía nada. Era el caos, el vacío de poder expresado en la presidencia de María Estela Martínez de Perón con todas sus implicancias, sin haber analizado un año atrás el tema del lopezrreguismo que basamentaba a las AAA desde el Ministerio de Bienestar y Acción Social; esas tres A, ramificadas en el sentido que se valía en las situaciones locales de grupos armados.

Todo esto unido a las presiones familiares que no entendían, que hacían que nos amedrentáramos, amenazas a nuestros seres queridos... ante las amenazas que se denunciaban en asamblea ante todos los compañeros, recibíamos apoyo solidario. ¿En qué consistía?, en albergarnos en sus casas. De última, de nada servía esconderse porque estábamos a la luz pública, estábamos a la vista de todo el mundo y no teníamos nada que esconder. Simplemente tomábamos alguna medida de seguridad: en caso que nos desaparecieran fuera visto por la gente.

Este movimiento en la empresa era algo cotidiano, permanente... Quisiera abrir un paréntesis para expresar algunas cosas no gratas de lo que significa el poder sindical en una empresa y la corresponsabilidad que ello conlleva: el hecho de tener la conducción, el hecho de tener la ascendencia entre los compañeros dentro de la empresa y controlar los ritmos de producción y el haber logrado que los jefes y los capataces respetaran al trabajador como ser humano, en cierto modo conlleva en sí a cometer abuso de autoridad no por nuestra parte, sino por parte de compañeros que no estaban preparados para asumir la gestión y el comienzo de la cogestión en la empresa.

Algunos no estaban preparados y otros estaban mandados para generar caos, lo que desencadenó un libertinaje consistente en incumplimiento de horarios de llegada—de salida, de indisciplina, de abuso en lo que consistía el pedido de indumentaria de trabajo, de zapatos, de herramientas, etc..

Personalmente lo percibía aunque delante de mis ojos todos

los compañeros respetaban porque siempre hacía hincapié que había que comportarse y que había que tener responsabilidad, no ejercer el poder por el poder, sino que teníamos obligaciones y teníamos derechos. Nuestro derecho era ganar dignamente un salario, trabajar dignamente en el puesto de trabajo y nuestro deber era organizar la producción preestablecida y convenida con los delegados y con la empresa en cada uno de los puestos de trabajo. La gran mayoría lo entendió así, expresaban su responsabilidad, manifestaban su solidaridad, pero había aquel descolgado y, por uno, por dos o por tres, la empresa utilizaba algún tipo de indisciplina para echárnosla en cara y para seguir haciendo denuncias en el Ministerio de Trabajo.

Nosotros teníamos que asumir la defensa, indefendible en algunas oportunidades.

Este apartado va a aquéllos que dicen que los compañeros son esto, que muchas veces los sindicatos se abusan, los dirigentes sindicales son vagos, los dirigentes sindicales no hacen nada... Concretamente nosotros hacíamos y mucho. Indudablemente, educar al trabajador luego de una explotación constante para alcanzar una manera de llegar a una gestión interna de una fábrica, implica muchas responsabilidades y es mucha la formación que hace falta.

Pero con el andar del tiempo habíamos conseguido una armonía con la empresa, habíamos conseguido el respeto, un bienestar interno dentro de la empresa, aunque éramos conscientes que, fuera de la misma, en otras empresas no se lograban las reivindicaciones que nosotros internamente teníamos. Por supuesto que eso era por una relación de fuerza, por una posición firme y constante del cuerpo de delegados y que el acompañamiento y la solidaridad expresados por el conjunto de los compañeros, hacía prevalecer el ejercicio del poder sindical en la fábrica.

23 de marzo de 1976

Bienaventurados los que son perseguidos por causa del bien...

Mateo, 5.10

Estábamos convocados a un congreso de delegados en la UOM de La Matanza en la Avenida de Mayo y Rincón. Ese congreso de delegados, a pesar que estábamos reunidos la gran mayoría de los delegados de La Matanza, no se realiza. Estaba en la atmósfera el golpe militar. Desde la conducción del gremio no sabemos si había connivencia con este golpe o no, por lo menos no pudimos comprobarlo. Se suspendía el congreso de delegados hasta nuevas órdenes. Ese día, el 23, es el día de cumpleaños de mi esposa, nuestra hija Karina tenía seis años. Mi señora estaba ocupada con su nueva actividad como flamante psicóloga. A la tarde de ese día quise irme temprano a mi casa: recogí a la niña de la casa de los abuelos maternos y me fui a casa esperando darle una sorpresa a mi esposa y festejarle el cumpleaños junto a nuestra hija. Regresó, cenamos y en la noche, no llegaría a ser medianoche, todavía era 23-3-76, golpetean la puerta; ya estábamos en la cama; yo, alerta permanentemente, en forma instantánea salté, me puse un pullover, un pantalón y unas zapatillas y comencé a saltar techos.

Salté a la primera casa del vecino poniéndole el alerta de que se estaba allanando mi casa, en forma inmediata salté al otro vecino que tenía teléfono y le pedí en forma urgente el teléfono, llamé a mis suegros, avisé la situación y bueno... seguí saltando paredes desde los fondos de un terreno baldío desde donde, escondido entre el yuyaje, oía los gritos de las fuerzas parapoliciales que ya habían tomado mi casa y estaban en el techo de la

misma.

Algunos de ellos gritaban: "guerrillero, sabemos que estuviste acá", yo callado, con el corazón palpitante lo único que temía era que les pasara algo a mi esposa e hija. A la vez, rezaba, entendía que ya había alertado a bastante gente por lo que, arrastrándome, salí por otra calle y, muy sigilosamente, pasé casi por enfrente de mi casa viendo el operativo montado: autos particulares, camionetas particulares, no vi ninguna camioneta de la policía, un despliegue que abarcaba toda la cuadra con una participación de cincuenta hombres aproximadamente, armados, todos con armas largas. Bueno, la anécdota luego la conozco por lo que vivió mi esposa durante el allanamiento. Cuando supuso que yo ya estaría lejos abrió la puerta y aproximadamente unos quince hombres entraron, tomaron posesión de las habitaciones y la terraza. Llegaron mis suegros y allí, aparentemente, legalizaron el allanamiento, levantaron un acta, hicieron constar que yo no estaba y que me presentara al día siguiente en la comisaría de Ramos Mejía. Al otro día en la comisaría de Ramos Mejía se hicieron presentes mi esposa y el párroco. Allí le manifestaron que ellos no tenían ninguna orden de arresto para con Carmelo Affatato y que desconocían todo tipo de situación. Lo que demuestra que el allanamiento a mi casa era un allanamiento ilegal. De haberme entregado hubiera corrido la misma suerte que tuvieran muchos de los compañeros inocentes que desaparecieron.

Para no quedarme con la intriga y solicitando la intermediación del sacerdote, conjuntamente con mi señora les encomendé una misión: ir al Comando General del Ejército en Paseo Colón, expresando todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor y dispuesto, de darme garantías, a entregarme. No tenía nada que esconder, no había cometido ningún tipo de acto ilícito ni nada que se le parezca. Bueno, realizaron la gestión, le

presentaron la situación, chequearon en lista y les manifestaron que yo no era ninguna persona requerida por el ejército argentino. Les sugirieron que de todos modos se apersonaran en el cuartel de la zona, en este caso el cuartel 3 de Infantería de La Tablada y así lo hicieron. Allí, el cura y un amigo, el "rengo", conversaron con el comandante a cargo en ese entonces; le manifestaron la situación a lo que respondió que él estaba al tanto de la situación de La Matanza, que estaba al tanto de mi militancia, que me conocía perfectamente, que no tenía ningún requerimiento oficial para apresarme. Lo que sí, extraoficialmente, les sugirió que en caso que pudiera salir del país, que me fuera, porque no había ningún tipo de garantía para con mi vida. Ante esto, no especulando con ningún tipo de situación y creyéndole al comandante, quien realmente estaba en la verdad: no me estaban buscando oficialmente sino extraoficialmente y todos aquellos a los que se los buscó ingresaron a la lista de los desaparecidos.

Mirta me ayuda a continuar la historia porque la voz me delata. No corrió el almanaque y omití esa cuarentena de días negros desde el 23 de marzo...

Las corridas junto al cura y el "rengo" para tratar de obtener información, nuestra desaparición de una casa que manteníamos con mucho esfuerzo, nuestro andar de casa en casa hasta desembocar en la necesidad urgente de una intervención quirúrgica, el debatirme en la cama entre el suero que me retenía y el sonido interminable de las sirenas que anunciaban: "por más escondite que tengan los encontraremos a estos subversivos del orden y de las buenas costumbres". El regresar de la clínica a la casa que nos cobijó durante más de un mes y, desde el post-operatorio hasta la partida supurando terror por esa herida que no podía cicatrizar a pesar de las atenciones del cirujano que diariamente me visitaba y que no entendía la dilatación de la

cura. Al regreso del colegio, me encontraban en un sillón, como un viejito, buscando con la vista el tapial más bajo para escapar. Días y noches de insomnio, con la presencia de amigos que ofrecían oración y, sin pensar en sus propias vidas nos acompañaban con salmos y oraciones.

No podíamos alejar de nosotros ese cáliz si lo había bebido nuestro Hermano, Maestro de la justicia social, pero pedíamos fortaleza para ir hacia delante, no errar en el Camino.

Recordar la aparente calma de la víspera del 1ro de mayo y el estruendo de la puerta que se abrió de par en par para anunciarnos que me habían buscado en la casa de mis padres. Esa víspera del 1ro de mayo se habían llevado a mi hermana para que les indicara donde vivía. El manto protector de María guió a Leticia hasta nuestra casita abandonada y a ella la encontraron llorando arrodillada en una calle cercana. Esa noche fue el saqueo: se llevaron nuestra única valija, pelucas, leyeron mientras bebían con grandes risotadas nuestras cartitas de novios, se metieron con nuestras cosas más queridas e íntimas, destruyeron el póster del Cristo Buscado y se llevaron el rosario de casamiento, junto a todo aquello que les pareció de valor. ¡Cuántos documentos de nuestro peregrinar en la vida desaparecieron en esa fogata en que nos obligaron a olvidar nuestro Camino por la vida junto a Él: Pedagogía del oprimido, la colección de Santos Bennett, pero no resistimos salvar de las llamas la Biblia Latinoamericana, que aún conservamos.

Regreso tres años: a unas reflexiones que se acomodaron misteriosamente en el archivo de la computadora: ¡Justo cuando paso al capítulo del exilio! Se trata de...

El triunfo de Cámpora fue la culminación del anhelo del peronismo de la resistencia concretado en esas elecciones en que Cámpora representaba la vuelta de Perón, la vuelta al peronismo luego de tantos años de separación y de división

de la sociedad argentina, después de tantos años de intentos democráticos, con el peronismo poscripto, el triunfo de Cámpora constituía y encerraba en sí la recreación, o mejor dicho, el logro de la militancia en su objetivo de llevar al poder al peronismo.

Con el triunfo y la asunción de Cámpora al gobierno y Perón al poder nos creímos liberados, nos creímos democráticos y nos creímos liberados y democráticos excesivamente. Recordemos la noche de asunción de Cámpora, la apertura de las rejas de la cárcel de Devoto... dicha apertura fue y será un símbolo en la historia: se abrieron las puertas no solamente para todos aquellos presos políticos que estaban allí, sino que también se abrieron para los presos comunes de menor condena. Reflexiono el triunfo Cámpora y lo saco a colación el año 73 asociándolo con la euforia que se vivía en ese momento, con la espontaneidad de la movilización de la población y de los trabajadores particularmente, de la movilización en apoyo a la fidelidad de ese hombre que expresaba y encarnaba al Perón exiliado ya hacía más de 17 años. Comienza una nueva etapa para la Argentina y diría que comenzó mal esta nueva etapa para el país, desde el punto de vista que en esos pocos meses de gobierno del Tío Cámpora comenzaron a esbozarse al interior del gobierno y al interior del movimiento peronista tendencias contradictorias y con apetencias personales de poder caracterizadas por los tan mentados lemas de "ni yanqui ni marxista, peronista", el famoso lema de la patria peronista a la par del revanchismo hacia toda aquella persona y personaje de la política y militares que encarnaban el gorilismo. Gorilismo de todos aquellos que habían logrado la división del país, de enfrentar a los que se denominaban antiperonistas o peronistas, prácticamente, la división social de la Argentina.

Diría que Cámpora llegó en un momento en que nuevamente

afloró el enfrentamiento, o sea, no logró con su llegada el saneamiento, la unificación y la pacificación del país, sino que por el contrario se agudizaron los conflictos internos. Se agudizaron al interior del Partido Justicialista y vamos a ver su momento culminante con los grupos justamente el día de la vuelta de Perón definitivamente a la Argentina. O sea, que yo sintetizaría ese corto proceso del gobierno de Cámpora como la transición hacia el retorno de Perón al país, el retorno a la presidencia de la Nación, que Perón en su fuero íntimo anhelaba: volver a tener el más alto puesto, la más alta magistratura: la presidencia de la Nación.

...¿Un acto de egoísmo, de egolatría, no sólo por parte de Perón sino de todas aquellas personas, personajes y personeros que lo rodeaban en ese entonces, que le endulzaban los oídos para que volviera a ser el presidente de la Nación? ¿Fue por el mes de noviembre de 1973 que Perón regresa al país?

1976 - 1983

EXILIO

Para nuestra verdadera liberación, todos los hombres necesitamos una profunda conversión, a fin de que llegue a nosotros el "Reino de Justicia, de amor y de paz". No habrá continente nuevo sin hombres nuevos.

MEDELLIN 1.3

... por lo cual no me quedó otra que comenzar a hacer las gestiones de salida del país: en el consulado italiano en la Argentina, Consulado General, en ese entonces a cargo del Dr. Calamaio, quien muy gentilmente nos acogió y posibilitó que se me otorgara el pasaporte italiano en menos de 20 horas. Asimismo me ubicó un pasaje en un periplo aéreo. Concretamente se estableció junto con la embajada de Italia mi salida del país. Salí por Aeroparque en un vuelo regular a Montevideo con mi documento argentino (Cédula de Identidad) y portando otro pasaje de Montevideo a Río de Janeiro en donde debía abordar un vuelo de Alitalia que procedía de Ezeiza, Argentina, que hacía escala en Río. Fui acompañado por un miembro de la Embajada italiana en Aeroparque hasta que subí al avión. Al mismo subió, separadamente, un amigo de la familia viajando conmigo hasta Montevideo. Como no se suponía que estaban los servicios trabajando en forma conjunta, este amigo de la familia se despidió mirándome desde lejos mientras era recibido por un funcionario de la embajada italiana en Uruguay hasta que me embarcaron en el vuelo hacia Río de Janeiro. En Río tuve una espera bastante larga hasta tomar el avión que me conduciría hasta Roma, Italia. Allí, una vez llegado a Roma, realmente me sentí muy mal. Me sentí en medio del mundo, solo. Fue un

viernes por la tarde, era el 7 de mayo de 1976. Allí comenzó el periplo del exilio, en un principio horrible, pero a medida que el tiempo pasa uno va aceptando las cosas... y comencé a moverme por mi mismo. La Central de Trabajadores italiana de orientación cristiana, se hizo solidaria conmigo; estuve a cuenta de esta central alojado en un hotel con pensión completa. Luego, por supuesto, hay que ir definiendo situaciones. Fui tomando contacto con mis familiares. La **CLAT** (Central Latinoamericana de Trabajadores), a través del cro. Carlos Custer, militante de los trabajadores estatales argentinos, dirigente latinoamericano y mundial, mandó mi dirección en Europa. Allí, un día el **Cro. Emilio Máspero**, Secretario General de la CLAT, le dio mi referencia al Secretario General de la IGAMETAL de Alemania, Cro. Ferdinand Coop, dirigente metalúrgico de Alemania y diputado a la vez. En forma inmediata me visitaron en el domicilio donde yo vivía. El dirigente alemán venía con instrucciones precisas de hacerme conocer toda la realidad del sector metalúrgico, de darme a conocer la organización de los compañeros metalúrgicos en Alemania. Pude hacerlo muy de cerca, desde adentro, y ponerme a disposición para viajar a Bruselas, a la sede de la CMT. (Confederación Mundial del Trabajo). Efectivamente, pude tomarme un tiempo, quince días, casi un mes, donde ordené el tema del trabajo, y viajar a Bruselas, donde también estuve participando de seminarios internacionales, con la temática del quehacer de los trabajadores.

Pude palpar de cerca cómo estaba integrada la Comunidad Económica Europea. Pasé un mes en Bruselas y viajé a Venezuela. Llegué en septiembre del 76. Me alojé en la **UTAL** (Universidad de los Trabajadores Latinoamericanos). La UTAL es una sede que está a 20 km. de Caracas, en el pueblito que se llama San Antonio de los Altos. Participé de un seminario de formación sindical global, de tres meses de duración, internado, y

tuve la oportunidad de conocer a muchos compañeros dirigentes sindicales de Venezuela. Tuve la suerte de conocer al Cro. Rafael León León, que en ese momento era Secretario General de la CTV (Central de Trabajadores Venezolanos) de Venezuela; al Cro. Andrés Mercau, dirigente metalúrgico venezolano - argentino, nacido en Argentina. Con ambos fuimos forjando una amistad y solidaridad. Luego de haber terminado este seminario de formación en la UTAL, la CLAT no tenía vacante para trabajar en relación de dependencia, por lo cual, a través de conocimiento de compañeros venezolanos, empecé a trabajar en una fábrica de automotor en el centro del país, ciudad de Valencia, Estado de Carabobo, en Venezuela. En forma bastante rápida fui conociendo la realidad de las discusiones de los contratos colectivos por empresa; fui aportando mi experiencia al quehacer sindical de la zona de Carabobo; en Valencia, participé de la organización de la Federación de Trabajadores, que vendría a ser una CGT regional. Unos cuatro o cinco meses después, me convocó la CLAT para que me integrara al Departamento de Organización, como organizador latinoamericano, bajo la dirección del Cro. Eduardo García, de origen cubano, gran luchador latinoamericano. Allí fui haciendo mi experiencia de organizador. Por supuesto que el cargo me quedaba grande pero en la medida que yo me fui dando cuenta de que el sindicalismo en AL era más bien primitivo, realmente pude zafar y pude hacer buen papel en el nivel organizativo.

Mi primera experiencia en esta tarea fue en 1978: tuve una misión en la que me tocaba organizar una de las centrales sindicales de Perú, la **CNT**, de origen social - cristiano. Allí estuve viviendo tres meses en forma continua, conocí la distinta realidad sindical de Perú, advertí el sindicalismo atomizado en este país, en el sentido que se venían discutiendo los contratos colectivos por empresa. Había tres centrales sindicales, o sea tres confe-

deraciones de trabajadores, una que respondía a la socialdemocracia (la CTP), otra que respondía al socialcristianismo (la CNT), y la tercera, la CGTP, que respondía a la orientación del Partido Comunista. Hice todos los aportes posibles, generándose un gran compañerismo en la central (CNT), llegando a compartir los sinsabores de luchas en las periferias de Lima, las reivindicaciones salariales por empresa. Fue una experiencia enriquecedora haber conocido la metodología sindical peruana, la realidad política de Perú. En ese entonces estaba bajo régimen militar: me fui interiorizando de lo que había sido el proceso del velazquismo en el Perú, de las famosas comunidades de base, comunidades de trabajo, una experiencia desperdiciada en Perú, donde había llegado a ser muy revolucionaria. Revolucionaria porque se basamentaba en una cogestión participativa de la comunidad de trabajo, la empresaria y de gobierno en cada una de las empresas, donde corría paralelamente la organización sindical y la organización cooperativa.

Así es que comencé haciendo una experiencia de conocimiento de todos los países latinoamericanos y me iba encarnando en la realidad del continente. Fui pasando por distintos países, casi con similares experiencias en cuanto a organización sindical. Comparábamos la organización sindical de los distintos países de AL con la argentina: la CGT única, con el poderío que significaba la CGT argentina en ese entonces...

Comencé a viajar a Centroamérica, concretamente he conocido muy de cerca la realidad de **Guatemala**, país avasallado por las dictaduras. Un país pobre, humilde, de una población indígena altísima hacia quienes la explotación se remonta a siglos pasados... la población campesina, rudimentaria, que trabaja a palos y machete el campo. Me fui compenetrando con la realidad centroamericana hasta que allá por 1979 conocí la realidad de **Nicaragua**. En distintas visitas organizativas que realicé a

Nicaragua, estreché mi conocimiento trabajando conjuntamente con la CNT de Nicaragua (Confederación Nacional de Trabajadores) en plena dictadura de Somoza. Vivencí la extrema pobreza, el poco valor a la vida, las injusticias de que era objeto la población de Nicaragua. ¡Niños explotados!, una situación extrema, prácticamente en plena guerra civil entre el sandinismo en lucha armada contra el somocismo. Desde el punto de vista de los trabajadores se apoyaba la revolución, no compartiendo la metodología de la lucha armada. ¡Nicaragua estaba en llamas!

En cuanto a la realidad sindical, Nicaragua contaba con tres centrales sindicales que responden a las distintas orientaciones: social cristiana, socialdemócrata y comunista. Después, con la venida del sandinismo que triunfó sobre el somocismo, se intentó constituir la central única de trabajadores que respondía prácticamente a la orientación del partido comunista.

Vivencí cómo, luego de la revolución sandinista, se fue persiguiendo a todos aquellos compañeros, particularmente de la Central que más conocí (que era la CNT de orientación social cristiana), cuyos compañeros fueron hechos presos, perseguidos y reprimidos y algunos hasta perdieron la vida. En Nicaragua, lo mismo que en otros países de Centroamérica, su fuerte era el campesinado y la pesca: una población campesina que trabaja la tierra, bananera, y los pescadores. Conocí esa otra realidad mezclada en la guerra civil, la revolución sandinista. Al día de hoy ya sabemos lo que sucedió en Nicaragua. Como consecuencia nada ha cambiado para los trabajadores, siguen siendo explotados, con mucha desocupación y analfabetismo. La revolución se inclina a conllevar algunos grados de libertad después de haber perdido en elecciones libres el sandinismo. Como estructura productiva, no hay mucho que hacer, por lo tanto tenemos a Nicaragua desprovista de organización sindical, desprovista de productividad y

económicamente destruida.

En 1979 se constituye la Coordinadora Latinoamericana de Trabajadores Minero - Metalúrgicos (CLATRAMM), tocándome presidirla. Desde esta nueva responsabilidad fui conociendo las realidades de los trabajadores metalúrgicos en particular, de toda América Latina. Conocí una de las siderúrgicas más grandes de A.L., como es **SIDOR** de Venezuela, en las Guayanas venezolanas. Son empresas en las que, aproximadamente, trabajan veinte mil trabajadores. Allí recorrí puesto de trabajo por puesto de trabajo y vi cómo realmente los trabajadores venezolanos padecen las mismas, muy malas, condiciones de trabajo. Vi cómo la explotación se hace carne en ese país de LA. Por supuesto, todos los días los trabajadores conquistan reivindicaciones. Lo que no se puede, a través de organizaciones de trabajadores, es esclarecer a la clase trabajadora para que realmente emprenda reivindicaciones mucho más globales y no sectoriales.

Bueno, desarrollé este tipo de actividad hasta mi regreso al país que se produce en 1983. El 30-10-83 regresé al país, la víspera de las elecciones que ganara el presidente Raúl Alfonsín y encontré, después de siete años de no estar en el país, un país distinto, con la euforia de la ciudadanía de entrar nuevamente en la conquista de la democracia. Inmediatamente se me contagió esa euforia y comencé a reflexionar acerca de mi reinsertión en las actividades políticas y sociales en la Argentina.

Durante el exilio viví una primera etapa de soledad: sin mi esposa, sin Karina. Aprovechaba los viajes de compañeros para enviar larguísimas cartas, a veces grababa, en otras oportunidades utilizaba el correo aunque temía que éstas fueran revisadas, que no llegaran nunca... En los meses en Alemania, al tratar de aprender lo mínimo indispensable del idioma, me sentí incomunicado, exceptuando los fines de semana que compartía con "paisanos" italianos, asistía a misa los domingos y pensa-

ba en lo que estaría sucediendo en Argentina... El momento de mayor angustia lo viví al recibir la carta de Mirta comunicándome el fallecimiento de su padre, el querido Don César, quien fuera como mi padre por su gran bondad. De él recibí enseñanza de muchas habilidades domésticas que aún hoy agradezco.

Me conmovió tanto la noticia que quería volver, estar junto a mi familia...

Recuerdo, ya en Venezuela, un llamado telefónico en el que consulté a Mirta sobre esa posibilidad. Karina pasaba por una enfermedad, que no pudieron diagnosticar, y fingiendo, me decía, con sus ocho añitos, que me quedara donde estaba, que "todo estaba muy bien en la casa..."

Hasta que pudieron sacar un pasaje y nos reencontramos en enero de 1977.

Karina comenzó sus estudios en la Obra del Buen Consejo, de las hermanas salesianas; Mirta regresó a Buenos Aires por la enfermedad de su mamá y yo me dediqué al cuidado de mi hija, quien extrañaba enormemente a su mamá.

Por fin, el 27 de julio de 1977 vamos a Maiquetía a buscar a "mamá" y el rostro de Karina comienza a sonreír como hacía mucho no sucedía.

En Venezuela, me integré desde el principio a la Parroquia San Antonio de Padua, cuyo párroco, Alfonso Naldi, de ascendencia italiana, se convirtió en un familiar más, con su presencia constante en nuestro hogar. Participamos del Consejo Parroquial en el área de Acción Social, junto a un matrimonio venezolano, Elso y Cristina, y nuestro amigo paraguayo ex-obrero - Indiel.

Entre viaje y viaje, siempre participé de los momentos cumbre de la vida familiar: las fiestas navideñas, junto a un racimo de amigos de distinto origen, latinoamericanos o europeos; la Primera Comunión de Karina, su posterior Confirmación; su

madrina de Confirmación, esposa de Julio, con quien compartíamos, junto con el Padre Alfonso casi todas las noches, cenando, jugando dominó o ajedrez.

Las salidas de fin de semana, los asaditos en el campito de la UTAL, junto a compañeros, predominantemente rosarinos, cordobeses y porteños; las empanadas y el "mondongo" que preparaban el inseparable trío de "las argentinas". Con ellos participamos, en un stand gardeliano, de la verbena copeiana, en campaña electoral que llevara a la presidencia a Luis Herrera Campins. Muchos encuentros en la quinta "El Tercer Mundo" del entrañable amigo Andrés o en la caraqueña casa de Emilio y Acacia, junto a sus hijas.

Las playas cercanas, Higuerote; la pesca comunitaria, la experiencia con los guajiros, culminaron con nuestra participación en las comunidades eclesiales de base en la preparación del Documento previo a Puebla: De Medellín a Puebla, un pueblo espera...

En nuestro departamento siempre recibíamos a las distintas delegaciones, asistíamos a los actos culturales que se organizaban después de cada seminario. En ellos pudimos apreciar el folklore de los distintos pueblos, sus artesanías... Después de los distintos viajes: Perú, Bolivia, Brasil, los países centroamericanos, España, Bélgica, se fue incrementando la colección de platos regionales que le traía a Mirta, quien siempre lucía las variadas batas confeccionadas por las hábiles manos de hombres y mujeres latinoamericanos.

En Brasil estuve en muchas oportunidades, hasta llegué a perfeccionar mi "portuñol". La actividad de integración de los países del Cono Sur culminó con un seminario que se realizó allá por el 89, en el Hotel Bauen, en Buenos Aires.

Me despido de Venezuela cantando "Alma llanera", segundo himno de este "bravo pueblo" venezolano.

Junio de 1982

Después de seis años, una larga espera...

Soy enviado por la CLAT a Argentina, coincidiendo mi estadía con el primer viaje de Su Santidad Juan Pablo II a nuestros país.

Necesitaba la bendición papal, tal como la buscara en mediodías solitarios en el Vaticano, tal como la recibía diariamente desde el cuadro que teníamos en nuestro departamento en Venezuela, como así también recibí la gracia de integrar una misión especial de dirigentes de la CLAT cuando el Sumo Pontífice celebró misa en la Catedral caraqueña en su primer viaje a Venezuela, país en el que ya no residía pero debo el mayor agradecimiento al pueblo venezolano por su reiterada solidaridad, no sólo hacia mi familia sino hacia nuestros conciudadanos en oportunidad de la guerra de Malvinas.

No quiero referirme a este suceso que nos enlutece el futuro por la pérdida de cientos de muchachos que fueron llevados tras el ideal de **LAS MALVINAS SON ARGENTINAS**.

Tampoco me voy a extender en lo que fue el reencuentro familiar, en el que sobresalió el ingreso a la vida cristiana de nuestra ahijada MARISOL. Apadrinarla fue un hecho de suma importancia tanto para mí como para Mirta, quien permanecía en Venezuela esperando mi llegada con las fotos para conocerla.

30 de octubre de 1983

En vísperas de las elecciones nacionales, que nos aseguraran nuestra vida democrática llegué y viví la fiesta electoral.

Creo que ese día decidí que quería naturalizarme para poder acceder a las próximas elecciones y con mi voto contribuir a la permanencia de la vida institucional en Argentina.

Mirta, quien junto a Karina regresara un mes antes, fue convocada para desempeñarse como autoridad de mesa. Fui a acompañarla, a llevarle café y palpar de cerca el regocijo de la gente al emitir su voto.

Curiosamente vuelvo al cumplirse 10 años, una década después del surgimiento de lo que ya se constituyó en una pasión: Ser protagonista de sucesos que hoy puedo contarle a mi nieta.

di Enzo Rapisarda

Quella di Carmine Affatato e la storia di un calabrese che ha vissuto direttamente le sindacale e politiche durante uno dei periodi piu delicati e difficili della storia democratica argentina.

Una testimonianza, la sua che ci offre una chiave di lettura interessante e autentica delle molte vicende che hanno caratterizzato l'impegno, i sacrifici e i rischi di molta gente in lotta per la salvaguardia del principi democratici e di liberta.

Scala Coeli es el "paese" cosentino donde Carmelo Affatato nació el 27 de agosto de 1942 y de donde parte para emigrar a Argentina para reunirse con su padre, Antonio, quien desde 1949 residía en Sudamérica. En Nápoles se embarca en el barco Castelbianco, junto con su madre Antonietta Scalise, y sus tres hermanos: Fiorina, Umberto y Letizia, mientras permanecía en Calabria su hermana casada, Serafina. Después de veinte días de viaje, Carmelo se reencuentra con su padre en el puerto de Buenos Aires, en octubre de 1955 y se establece con toda la familia en Ramos Mejía, del distrito de La Matanza, lugar que acogiera a una numerosa colonia de italianos y particularmente calabreses.

Carmelo Affatato recuerda y relata: Tenía 13 años, la escolaridad elemental y la gran ansia de descubrir esta "América" opulenta, así publicitada y pre-anunciada desde la "Campagna Emigrazione", pero que en realidad se presentaba muy diferente, difícil y dura, en la cual la primera regla para ir hacia adelante era "rimboccarsi le maniche".

Era octubre, antes de la apertura del año lectivo, que en Argentina inicia en

marzo, comencé mi primer trabajo: distribuía a domicilio elementos decorativos y esencias para tortas de cumpleaños. Con un viejo triciclo, hacía kilómetros al día, mientras conocía las calles y la ciudad. Inmerso en la escuela pública, ingresé a la escuela comercial para después interrumpir esos estudios y dedicarme a la escuela técnica de tornería mecánica en Morón. El trabajo en el sector metalúrgico ha sido lo que me orientó hacia el desempeño sindical. En 1963 era delegado de fábrica, cargo en el que estuve por cinco años consecutivos mientras trabajaba en el sector electrotécnico. Las organizaciones sindicales en aquel tiempo estaban bien organizadas y ramificadas con la representatividad de casi todas las categorías, sin olvidar que existía una burocracia que obstaculizaba la actividad de los delegados sindicales como así también los gobiernos militares que comenzaban a perseguir a los activistas sindicales... En la época, ser sindicalista significaba o debía significar ser peronista, y yo no lo era, por lo cual mi visión social y sindical no coincidía con el vértice del sindicalismo oficial o de régimen...

En 1970 consigue empleo en una fábrica de autocambios, Martín Amato, en La Matanza. En tanto se sucedían los golpes de estado, partiendo de Onganía, Lanusse, Levingston hasta el retorno de Perón, la sucesión de su mujer Isabelita, quien en marzo del 1976 fuera destituida. Este último estaba preanunciado, oficialmente, para reprimir a los activistas políticos, pero en el fondo era directo contra el movimiento combativo sindical, con el fin de retomar la dirección general del sindicato. La represión fue enérgica, ejercida sobre sindicalistas en forma directa, usando siempre como escudo la actividad contra la guerrilla política armada, Montoneros, ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo). Una instrumentalización, un pretexto para erradicar el movimiento de renovación sindical y que no era del régimen, por lo cual debía ser sofocado. Eran tiempos peligrosos, durante los cuales tuve serios problemas, arriesgando hasta la vida, por ser dirigente del movimiento sindical en La Matanza. La noche del golpe me vinieron a apresar en mi casa, decidí escapar (...).

En mayo me dirigí a la Embajada Italiana y Consulado, pudiendo obtener el pasaporte y un pasaje aéreo para Italia. Si no hubiese tenido la solidaridad de algunas personas estaría seguramente muerto, como tantos otros "desa-

parecidos". Muchos amigos y colegas formaron parte de esa terrible lista, usada durante la represión, sufriendo toda suerte de barbaridades, que salieron a la luz después del descubrimiento de las fosas.

Arribé a Italia en el '76. La CISI me ofreció solidaridad y hospitalidad, como así también la Democracia Cristiana Internacional me apoyó en mi exilio. Estuve trabajando en Alemania. De allí hice contacto con la CLAT, con sede en Venezuela, con la CMT (Central Mundial de Trabajadores) y gestiones sindicales europeas e internacionales. De Bruselas fui transferido a Venezuela donde por siete años trabajé en la sede de la CLAT.

Con la vuelta a la democracia en Argentina, con las elecciones del presidente R. Alfonsín, pude regresar a Buenos Aires y abrazarme con mis familiares.

(Continúa el artículo con consideraciones sobre la Democracia Cristiana en Argentina y la participación de la colectividad italiana).

En 1991 fui candidato a Intendente, o sea Síndico, por el Municipio de La Matanza, por la Unión Vecinal, que estaba integrada por varios italianos, aunque hay que reconocer que aún son pocos los que han entendido la importancia de la participación política. El augurio principal para nosotros, que en esta sociedad en la que vivimos estén siempre garantizados y salvaguardados los principios democráticos y que el derecho a la libertad sea la base común de la vida social, civil y política. Haber luchado por estos principios, haber sufrido y arriesgado la vida me permitió comprender que un hombre no puede renunciar jamás a la riqueza de estos valores.

Abrazar todas las mañanas a mi esposa, Mirta, y a mi hija, Karina, es también una conquista de libertad y de paz.

Este artículo exhibe tres fotos: una irreconocible, a los 16 años con profusa cabellera; la del pasaporte con mi madre y hermanos y, la más emotiva, del 1983, con mi madre sonriente... después del exilio.

Cedo algunas páginas a Juan Andrés Paulenko (periodista-amigo-acompañante de las actividades políticas que después...
eré de reu...